

cados, ¿quiere que le diga cuál es mi mayor delito en todo este barullo?

Pues cualquier persona sensata (tal vez el mismo P. Blanco García, que no tiene gusto, pero es prudente, estudioso, juicioso) se lo pueda decir:

Mi delito consiste en haberme metido con usted, en haberle disgustado, en no haberle dejado en la tranquila beatitud en que usted confunde las ventajas traídas á la civilización por Jesucristo con los méritos poéticos y *críticos* con que adornó la naturaleza á vuestra paternidad, á quien deseo larga vida. Amén.

Por último: El P. Muñós, que piensa que por ser *cristiano*, ó parecerlo, ya es el crítico perfecto, ignora muchas cosas. Ignora, por ejemplo, que eso de que «lo bello es el resplandor de lo verdadero» es un falso testimonio que le levantan á Platón. Platón *no ha dicho tal cosa en ninguna parte*.



## ENTRE FALDAS

¿Cómo *se rotula* el jefe, amo, director ó rabadán de los agustinos?

Llamémosle ó *rotulémosle* general, como el de los jesuitas, que hasta á los frailes, monjes y demás gente de claustro paterno les gusta jugar á los soldados.

Pues bien, mi general: esto ya no puede tolerarse. Esos agustinitos ó capuchinos de bronce del Escorial (hablo de la sección de letras, pues de los demás nada tengo que decir) están locos de remate y no se resignan á pasar por lo que son, literatos cursis y sin gusto, gente ridícula, en cuanto poetas y críticos; sea lo que quiera de todo el dogma, de toda la moral y de toda la disciplina.

Habíamos quedado, mi general, en que su rei-



no de ustedes no era de este mundo, y mucho menos del mundo de las vanidades literarias.

Pues como si cantara. El P. Muiños, *ese* lírico de Soria, y el P. Blanco, *ese* Aristarco de Piloña, echan espumarajos de santa cólera místico-poético-crítica, y han soltado contra mí la jauría de legos de presa que tienen á sus órdenes por esos perioducuchos neos que alimenta Pidal con destinos y otras hierbas.

Recibo anónimo tras anónimo, á cientos; todos huelen á sacristía; algunos vienen sin franqueo, de modo que me cuesta dinero enterarme de que los mestizos de toda España me tienen por un antecristo crítico y por un ser dañado interiormente.

Hasta los aguadores se conjuran contra mí, señor general, y según veo en un *recorte* de un periódico, que debe de ser *La Unión Católica* (á juzgar por una *lica* en letras gordas que hay al principio), el tal aguador, probablemente paisano del P. Blanco, me pone perdido porque me he permitido censurar al agustino frescachón ó el colegial desenvuelto.

Empieza por faltar á la verdad el aguador, como faltaba aquel otro fraile á quien echaron de la *Unión Católica*, y dice que yo me permito indirectas «sobre los efectos que pueden producir las lecturas eróticas en un fraile joven encerrado en

su celda.» Lo que va entre comillas se supone que es copia de palabras mías. Pues falta á la verdad el aguador, porque yo no he dicho tal cosa; yo he dicho que el P. Blanco estaba «entregado á lecturas sugestivas como demonios.» Eso y no *lecturas eróticas*, que ó no significa nada, ó significa una atrocidad, tratándose de un monje. (Uso las palabras monje y fraile como el vulgo. ¿Quién renuncia á llamar frailes á ciertos señores regulares?)

Y sigue el aguador (el estilo es de aguador, por eso creo que lo es): «El P. Blanco es un sabio en toda la extensión de la palabra: el que ha escrito que no puede decirse que un libro *se rotula* no sabe castellano.

Vean ustedes, ante todo, la congruencia de las cláusulas copiadas. «El P. Blanco es un sabio: el que ha escrito, etc..., no sabe castellano.»

Pero, además, ¡oh aguador! el que no sabe castellano, ni por indicios, es el que sostiene que el P. Blanco dijo bien al decir que Vital Aza «ha escrito un *libro que se rotula Todo en broma.*»

Según el aguador, se puede decir eso como Cervantes dijo: «Este grande que aquí viene se intitula Tesoro de varias poesías.»

Sí, señor; *se intitula* puede decirse, pero *se rotula* en el sentido mismo no; coja el aguador el Diccionario de esa Academia cuya autoridad in-



voca, y verá que intitular se usa también como reflexivo; es decir, que hay *intitularse*, como hay *llamarse*, que significa tener un nombre ó apellido. ¡Pero no hay rotularse! ¿Sabe usted lo que sería, en todo caso, rotularse? Ponerse rótulos, el tatuaje de los salvajes, como si dijéramos. Pero aun así, no podría aplicarse esto al libro, que no *se rotula* á sí mismo. El libro de Vital Aza *lo rotuló* su autor de una vez para siempre; de modo que no le andan *rotulando* todos por ahí, y por eso es una gran barbaridad decir que *el se rotula*, ahí, es verbo pasivo. Es un reflexivo... absurdo, porque no hay *rotularse* reflexivo, y el activo rotular empleado en forma reflexiva significaría *ponerse rótulo*, pero no *intitularse*, *llamarse*, tener tal nombre. ¿Qué apuesta *La Unión Católica* á que el mismísimo Tamayo y Baus me da la razón? Pregúntenle, pregúntenle. Si Tamayo les dice que es lo mismo decir que un libro se intitula que decir que un libro *se rotula*... prometo someterme á la penitencia que el P. Muiños ó el P. Blanco me impongan. Es más: creo que el mismo P. Blanco estará ya convencido á estas horas de que ha dicho un dislate.

¿Á que no canta la palinodia *La Unión Católica*? ¡Cál! Volverá á citar al Sr. Novo y Colson y á emplear otras maliciucas de neo rabiado; pero ¿á que no confiesa que se ha equivocado en lo de *se rotula*?

Rotular, según la Academia, es *poner* un rótulo, y nada más que esto. Por eso está mal decir que un libro se rotula «A ó B.» Digo yo: «Un libro *se rotula* de una vez para siempre.» (Aquí está bien dicho, porque, en efecto, esta oración es una segunda de pasiva, y se trata de *poner* un rótulo, y el sujeto no se nombra). Pero rotular, en el sentido de *intitularse*, *llamarse*, como reflexivo, no existe; por eso está bien: *el libro de Aza se intitula Todo en broma*, ó se llama *Todo en broma*, y está mal: *se rotula Todo en broma*. Estaría bien si rotular tuviera esa otra acepción que ticnen llamar é intitular, que admiten el reflexivo. Pero no la tiene; ¿yo qué culpa tengo? En fin, yo apuesto mil pesetas ahora mismo á que *La Unión* se ha equivocado. Y admito por jueces á tres académicos-neos... de los que sepan gramática.

Para que el colega (si eso es un colega) no se pueda escapar por ninguna parte, ahí van varios ejemplos de lo que no puede decirse y de lo que puede decirse:

Supongamos á Vital discutiendo con el editor del libro; puede decir Vital:

—Pues nada; se rotula el libro *Todo en broma*, y hemos concluido.

Y puedo decir yo:

—Después de estas disputas, se rotuló el libro como va dicho y se fueron á cenar.



Pero el P. Blanco queriendo decir que el libro de Aza se llama *Todo en broma*, no puede decir:

— *Todo en broma*, finalmente, se rotula un libro recentísimo de Vital Aza.

Y no crea el aguador de *La Unión* que le está prohibido al P. Blanco hablar así por ser fraile; no, señor: es porque en los casos anteriores es efectivamente pasivo el verbo, se refiere su acción al hecho de poner rótulo; pero no así en el caso del fraile, que lo que quiere decir es otra cosa; *rotularse por intitularse, llamarse...* y eso es lo que no admite la gramática.

Y esto no es cuestión de opiniones, es *absolutamente* cierto que es como yo lo digo... Y apuesto las mil pesetas.

\*  
\* \*

Y sigue el crítico de *La Unión* (ahora he averiguado en otro ejemplar que se llama Pedreira, y aunque tiene nombre de gallego, no puedo asegurar que sea aguador): «Tampoco es cierto que el P. Blanco no sepa conjugar el verbo *desdecir*, porque en la página 482, línea 13 inferior, dice *desdeciría*, y no *desdiría*, como aseguran los críticos que se ceban en las erratas de imprenta.»

Vuelve á faltar á la verdad *La Unión*. Yo no he dicho que el P. Blanco dijera *desdiría* en la página 482. Lo que dije, y repito, es que el P. Blanco dice *desdirícn* en la página 269. Y, en efecto; lo dice en la línea 17; no hay más que ir á verlo.

¿Que es errata? ¡Pamplinas! Los cajistas no se meten á convertir en irregulares las formas regulares de los verbos, si los autores los escriben bien. Diga usted que el P. Blanco hace con *desdecir* lo que hacen las mujeres con la *b* y la *v*: usarlas por rigoroso turno pacífico.

\*  
\* \*

Pero ¡si el libro del P. Blanco está lleno de disparates! Por donde quiera que se abre se vé, ó una falta de gramática, ó un adfesio de lógica. Cuando no escribe á lo periodista de *fondo* de *La Época* ó á lo romántico trasnochado, se pierde en tautologías, impropiedades é incongruencias.

Cojo un alfiler, pincho el libro, abro... y leo, página 402: «se dirigen á fines cuyo *mutuo parecido...*»

¿Hay mayor disparate? Esto es peor que las *risotadas mutuas* de la Pardo Bazán. ¿Cómo ha de ser un parecido no siendo mutuo? Si una cosa se



parece á otra, es claro que ésta se parece á aquella. ¡Oh la crítica agustiniana! (1)

¡Cuánto mejor estaban ustedes fabricando *Char-treuse* verde!

Este *mutuo parecido* está, por cierto, junto á un insulto á *Clarín*. Pero yo no contesto al P. Blanco, por huir del parecido... mutuo.

Página 207: «El sello bretoniano que distingue las obras de Serra se extiende hasta *los más imperceptibles pormenores*, aunque nunca permite ver las huellas del plagio, porque eran más grandes que todo eso las disposiciones del imitador.»

¡Qué de desatinos! ¡Pormenores imperceptibles! ¿Cómo han de ser *imperceptibles* los pormenores de una obra de arte? Ó no son pormenores, ó se perciben. Y si no son perceptibles, ¿cómo sabe el P. Blanco que en ellos está el sello bretoniano? ¿Y qué es eso de un *sello* que no permite ver las huellas de un plagio? Sin querer llama plagiario á Serra, y lo que dice es que las disposiciones de este eran tales que disimulaban el plagio (no permitían verlo). Y en todo caso, si no había plagio, sería gracias al autor, pero no al *sello bretoniano*, que en eso ni entraba ni salía. Sería gracias á las grandes disposiciones para no permitir que se viesen las huellas.

(1) ¡Aquí del cuento! «Concedo que el hijo se parece al padre, pero el padre no se parece al hijo.»

En la misma página: «El *Don Tomás todo entero*.»

Allá los puristas.

En la misma página: «*singularmente* por *ese* sabroso buen decir, y por (¡adiós *singular!*) *esa* vena de *excelso* versificador...» ¡*excelso* versificador! ¡Bonito epíteto! ¿Cómo llamará á Dios el padre que llama excelsos á los versificadores? Si el padre toma el Diccionario al pie de la letra, y sin criterio, el mejor día nos dice «la excelsa mantequilla de Soria,» para adular al P. Muiños.

El P. Blanco es un bendito, que no tiene idea de lo que es gusto, ni de lo que es una *Historia* de la literatura. Le cuentan cualquier anedoctilla insignificante y sosa... y allá va, al *monumento*, como dicen los neos que le jalean la *obra*.

Como ejemplo de las improvisaciones graciosas de Serra, copia esto:

Bebe un músico *Burdó*  
y gasta de flor el pan,  
y lacayo... y... ¡qué sé yo!  
¡Y junto al músico están  
cuatro autores *sin reló!*

¿Habrás visto cosa más ridícula? ¿Un *historiador* admitiendo estas... quisicosas en un libro serio, con pretensiones de *monumental*? Y en seguida copia esto otro:



Oudrid, me ha dicho Reguera  
que al acabar la función  
subas á la dirección,  
que en la dirección te espera.

¿No es... tonto, valga la verdad, tonto el *crítico* que gasta tinta y papel en tales fruslerías? ¿Sirven esas *improvisaciones* para pintar la gracia espontánea de un Narciso Serra?

¡Y *querían* que Valera alabase el libro del Padre Blanco!

En la página 274, para elogiar los caracteres de cierta novela, dice que todos los personajes se *mueven á compás*. ¡Vaya un movimiento! ¡Parecerán *heroes* de Juanelo.

Página 465: «Toda la trama de la obra, compuesta de increíbles atrocidades, *la colocan* (la trama... la colocan) á gran *desnivel*, respecto de la precedente.»

Para el P. Blanco sólo está á gran *desnivel*... lo que está más bajo. Pues figúrese que esa trama fuera tan excelente que hiciera de la obra una maravilla; pues también la colocaría á *desnivel*... al ponerla más alta. El P. Blanco, á quien le faltan más de mil para crítico y le sobran más de cien para arador, está á un gran desnivel respecto de los críticos y de los aradores.

En la página 586, hablando de los estudios literarios del respetable y sabio F. Canalejas, difun-

to, dice el P. Blanco: «*y aún se permitió el lujo* de estudiar los adelantos de la Filología moderna.» Y eso es una impertinencia de frailuco pedante y sin trato de gentes. ¡Burlarse de Canalejas el Padre Blanco!

Después da á entender que Canalejas se volvió loco por estudiar mal y caer en dudas filosóficas.

Esto no cabe comentarlo con cuchufletas. Razón tiene Cánovas cuando dice que ahora hay *delitos nuevos*. No es delito *penable*, pero sí delito *de lesa crítica*, sacar á relucir las enfermedades de los autores para relacionarlas con sus ideas, como argumentos contra estas. ¿Qué tiene que ver la demencia de Canalejas con su filosofía? Además, ¿le consta al P. Blanco esa demencia?

Página 329: Habla el P. Blanco de la vocación y de la inspiración de Núñez de Arce, y dice que «veinte años estuvo represada aquella corriente impetuosa...» y en seguida añade: «y lo que más asombra: esos veinte años no lo fueron de estacionamiento.» ¿Con que no? Pues si la corriente estuvo represada, *estacionamiento* hubo; y si no hubo estacionamiento, no hubo tal presa ni represa.

Por cierto que esa corriente después «*corrió* siempre con el mismo *insuperable éxito*.» ¿Pero sabe el padrecico lo que significa éxito? Un éxito puede ser insuperablemente... malo. Éxito es sali-



da, y la salida puede ser... por la puerta ó por la ventana; buena ó mala.

Por hoy basta. Otro día examinaremos, entre otras cosillas del convento, unos versos que el padre Blanco me pone de ejemplo, para que yo aprenda á tener oído.

Hay P. Blanco, para rato. Y ustedes<sup>r</sup> dispensen; yo lo que puedo hacer es *alternar* con otros asuntos; ¿pero dejar al padre de los parecidos mutuos? ¡Quiá!



## EL CERTAMEN DE SAN JUAN DE LA CRUZ

---

Ya lo oyen ustedes: la Academia Española, en un arranque de idealidad contemplativa, ha determinado desprenderse de mil pesetas para entregárselas al poeta místico de más agallas, el que *cante* mejor que todos sus émulos del concurso (ó pujas á la llana) al seráfico San Juan de la Cruz en el tercer centenario de su muerte, acaecida en Diciembre de 1591.

Ya lo oyen nuestros vates *fin de siècle*, nuestros simbolistas, decadentistas, instrumentistas, místicos, etc., etc. Salgan al campo del honor poético nuestros Verlaine, nuestros Peladan, nuestros Mallarmè, nuestros Villiers-de-l'Isle Adam. Si allá por Francia es moda entre la juventud literaria, y la que no es juventud, sacar á relucir la vida y



milagros de santos ilustres, y un escritor-artista nos habla de San Francisco de Asis, otro de San Ignacio de Loyola, etc., etc., del propio modo nuestros ilustradísimos y profundos y muy sentimentales poetas jóvenes sabrán cantar al sublime carmelita, el gran amigo de Teresa de Jesus, al reformador Juan de Yepes. Salgan, salgan de las oficinas nuestros poetas modernísimos, y emprendan la *subida del monte Carmelo*, y pintennos la *noche oscura del alma*, y declárennos el sentido del *cántico espiritual*, y procuren abrasarnos en la *llama de amor viva*.

Aun suponiendo que nada tengan que decir del venerable San Juan, á quien puede que Velarde confunda con San Juan degollado, de todas suertes, animense; que cuatro mil reales no son para dejarlos en el arroyo.

¡Bueno sería que la sed mística que se le ha despertado á la Academia quedase sin saciar, por no haber un valiente que se atreva con el género que hoy maneja cualquier *boulevardier*!

¡Á ver, ese Grilo, el de las *Ermitas de Córdoba*! atrévase usted con San Juan, que por allí cerca anduvo haciendo penitencia. Pero ¡nada de seguidillas disimuladas, de esas que escriben ustedes de esta manera:

En el alto del puerto canta Marica:  
¡cada quisque se rasca donde le pica!

Y usted, Sr. Saw, ¿no se anima? ¿No ha cantado usted al Himalaya? Pues San Juan de la Cruz era mucho más bajo.

¿Y el Sr. Ferrari? Este casi tiene la cosa hecha; con leves variantes, puede servirle para la su-basta académica el pliego de condiciones titulado *Abelardo*. El que describe unos hábitos, describe ciento. Aquellos famosos Alpes del Sr. Ferrari pueden convertirse en Sierra Morena...

Pero, no; el llamado á desaparecer, digo, á dar en el clavo, es el Sr. Velarde, que ya tiene un poema titulado *Fray Juan*. Deja usted el Juan, cambia el Fray por San, y mil pesetas seguras. ¿Que en ese poema no se hablaba del ilustre místico español? ¿Y qué? Tampoco se hablaba de Fray Juan. ¿Qué es lo que decía allí el Sr. Velarde? Pues, si no me es infiel la memoria, cosas por este estilo:

Del huerto sobre las bardas  
el gallo ya cacarea;  
sube hasta las nubes pardas  
humo de una chimenea;  
garañones con albardas,  
naturales de la aldea,  
rebuznan, y en las bufardas  
el gato en mayar se emplea.

Pues todo esto se puede decir del tiempo de San Juan de la Cruz, sin que se pierda el sabor local ni el de época. Amanecer y anochecer es cosa de



todos los siglos; de modo que el Sr. Velarde, con decir cómo salió el sol y cómo se puso el día en que el santo entregó el alma á Dios, ha cumplido.

Yo me chupo ya los dedos de gusto figurándome el poema descriptivo del Sr. Velarde, dedicado á la muerte del santo. Primero de todo la cédula de vecindad, ó por lo menos las señas personales:

Entre mediano y pequeño  
aquel siervo del Señor  
fue trigueño de color,  
y aunque asceta no cenceño.  
De nariz era aguileño  
y tan sencillo en su trato  
que, huyendo todo boato,  
en sus muchas excursiones  
nunca montó garañones  
por motivos de recato.

Después vendrá el viaje del niño Juan con su desgraciada madre, Doña Catalina Alvarez, á Medina del Campo, ¡y aquí te quiero descripción! El Sr. Velarde aprovechará, como si lo viera, el viaje de la viuda de Yepes para pintarnos las famosas ferias de Medina; y comenzará así:

El emporio castellano  
ofrece mil baratijas;  
peines de cuerno, sortijas,  
pañuelos para la mano;  
y en concurso soberano

que pasma la fantasía,  
algalia, aljofar, la fría  
hoja que afila Albacete,  
muchos versos de Cañete  
y una que otra chirimía.

En fin, si el Sr. Velarde no se gana esas pesetas académicas, será porque no quiere. Mas por si se decide á conquistar el lauro y los cuartos, le daré un consejo: que cuando le paguen su misticismo en verso, si se lo pagan en billetes, mire bien que no sean como Catalina y Commelerán en cuanto literatos.

Falsos.